

a un éxito completo. Así se lo deseamos a este escritor que ha sacudido nuestra sensibilidad de lectores con una obra que prestigia y enriquece a nuestra literatura.—GONZALO DRAGO.



HISTORIA CRÍTICA DE LA FILOSOFÍA (Con especial referencia a las religiones y a las ideas morales en Oriente y en Occidente), por el Dr. Manuel Sánchez Regueiro, «El Ateneo», Buenos Aires, 1947.

Schopenhauer, al comienzo de sus Estudios de Historia Filosófica (1), declara que «en lugar de leer las mismas obras de los filósofos, leer todas las exposiciones de sus teorías, o en general la Historia de la Filosofía, es como si uno quisiera que se le masticase la comida». Reconoce, en seguida, la posibilidad de una autopsia histórica del pensamiento filosófico y propone, para su consecución, seleccionar en los originales mismos aquellos capítulos que, libres de toda redundancia, sean decisivos para operar el análisis en perspectiva. Añade que se ahorrará tiempo y se conocerá la esencia de las «teorías auténticas y no falsificadas, en tanto que por las docenas de historias de la Filosofía anualmente publicadas sólo se consigue aprender lo que ha quedado de ellas en la cabeza de un profesor de Filosofía, tal como en ella se ha modificado». Refiriéndose con acritud a los que enseñan filosofía, los llama parásitos con un cerebro de tres libras, mercenarios, pobres gentes entretenidas con cátedras, comisiones, veraneos y distracciones. Es poco más de una página dura y bien templada en su dureza. Termina abogando por la «selección de los pasajes importantes y de los capítulos esenciales de los filósofos célebres, compilados en orden cronológico y pragmá-

(1) Traducción de Edmundo González-Blanco, Edición La España Moderna, Madrid. También citados por el Dr. Sánchez Regueiro.

tico, hecha en comunidad y a conciencia por eruditos honrados y talentudos», «algo así como una gran crestomatía universal escrita con escrupulosidad y conocimiento del asunto».

Nos hemos extendido en las citas, en virtud del anhelo de poner de relieve la ejecutoria, la obra y el espíritu del Dr. Manuel Sánchez Regueiro, autor de esta *Historia Crítica de la Filosofía*, en que se pone en la balanza a todas las doctrinas, desde sus remotos orígenes en las tierras de Oriente, hasta los perturbados momentos actuales. Es instrumento que relaciona, en el tiempo, el temblor de los textos sagrados de Egipto, Persia y la India, con los ardimientos metafísicos de un Heidegger haciendo las estaciones intermedias del caso. Abarca, en rigor, quinientas veinte páginas (2), sin considerar aquellas que corresponden a la introducción y a los índices. Comparada con la *Historia de la Filosofía* de Emile Bréhier (3), mil seiscientas noventa y cinco rigurosas páginas de texto, en dos tomos de igual dimensión, no difiere substancialmente más que en el orden de las materias y en la extensión del espacio a ellas dedicado. El tratado de Bréhier parte con Grecia y éste, con Egipto.

No nos ha sido posible, por muchas razones, leer íntegra la obra del Dr. Sánchez Regueiro, hace tiempo puesta en nuestras manos. No es, desde luego, para leerla como si se tratara de un libro de arrobadora ficción, ni para suscitar en nosotros el comentario sesudo y trascendental que no podríamos realizar. Lo único que justifica estas líneas es el deseo de no diferir algunas observaciones alrededor de una obra de rara ejecución en nuestra América, nuestra satisfacción por ello y cierto instinto que suele inclinarnos sobre el fluyente caudal del pensamiento.

La *Historia* del Dr. Sánchez Regueiro, ya lo expresamos, en lo esencial no difiere de las demás historias similares. Tampoco

(2) 16×24.

(3) Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1944.

es difícil darse cuenta del método a que se ciñe. Rastrea, en los pueblos y en las épocas, los elementos de un pensamiento y una moral privativos, a distancia del escenario estrictamente histórico, y luego los expone en una línea sucesiva, agregando, aquí o allá, el toque de su opinión favorable o adversa, según sea la reacción de su mentalidad cristiana. Por ejemplo, al tratar las doctrinas de los caldeos, de los fenicios, de los indos o hindúes, nos brinda las mismas conclusiones que todos los pasivos historiadores de la filosofía. Ante el lector surgen, en un solo y apretado haz, las concepciones de la filosofía propiamente, de la moral y de la religión, que Schopenhauer, en su loable afán por establecer una clasificación esclarecedora para las diversas manifestaciones del cerebro humano, llama la metafísica del pueblo. No discrepamos de los postulados de este serio investigador de la sabiduría. Ni nos someteríamos, a pesar de la superioridad que le distingue, a cada uno de ellos. Pero sí estamos con él cuando escribe que «una ciencia no tiene nada que ver con lo que se puede o se debe creer, sino con lo que se puede saber». ¿Cómo habría de servir a nuestro pensar recatado, aunque inquieto, ávido de verdad, la asociación indiscernible que se hace del despliegue de las ideas en el instante en que alguien (4), tratando las indagaciones metafísicas de Aristóteles—«espíritu divino» «motor del mundo», «movimiento»—, persiguiendo al rayo del pensamiento puro, se acoge, de pronto, al concepto semítico o cristiano y, por ende, occidental, del concepto de *dios*, escribiéndolo, aún con la mayúscula condenatoria? Ahí está el obstáculo súbito y desconcertante que, bajo la túnica de una simulada serenidad, se salva cediendo a las tentaciones de una existencia complaciente y sin peligros.

Hay en el devenir del pensamiento occidental una injusta simbiosis de cristianismo y helenismo. Nada hacen los filósofos

---

(4) *Aristóteles*, por Hermann Siebeck, *Revista de Occidente*, Madrid, 1930.

ni los profesores de filosofía siquiera por reconocerlo, no digamos ya por plantearse y plantear los problemas y las soluciones inherentes al hecho. Conceptos como democracia, cultura, cristianismo experimentan las más peregrinas mutaciones y no hay una voz que se levante, para discutir, para defender el patrimonio inalienable de la especie. Los hombres de estudio no hacen más que reiterar las resonancias idílicas de un tiempo muelle y grato.

Aristóteles, al definir los efectos estéticos de la tragedia, habla de una catarsis o purificación. Nosotros, desde el humilde banco del liceo, desde el asiento atornillado al suelo en la clase universitaria de filosofía, oyendo al profesor cargado de horas y de obligaciones, muchas veces soñamos con el audaz pensador que, al fin, realizara esa catarsis, esa purificación, respecto de los elementos todos que constituyen la masa infinita del pensamiento moderno. Sólo reconocemos el caso de Nietzsche, drama interrumpido por crueles contingencias, todavía inconcluso.

No existe para los avatares del saber filosófico un grado común de comprensión, de entendimiento, ni a cada curioso de estas disciplinas se le su pondrá condiciones de filósofo. Además los sistemas filosóficos exhiben deficiencias u omisiones propias del medio cultural en que fueron formulados o de la idiosincrasia de sus creadores. Esto y aquello confirmarían el valor de obras de historia y crítica filosóficas, como la del Dr. Sánchez Regueiro, de modo que, como quería Schopenhauer, y sin contrariarlo, aun cuando se entregue a la atención del lector los escritos originales, siempre será necesaria la presencia del expositor, del divulgador, del intérprete, a quienes sólo cabría exigir, aparte de un sentido de responsabilidad a toda prueba, que nos den no lo que crean sino lo que sepan.—ALDO TORRES PÚA.

